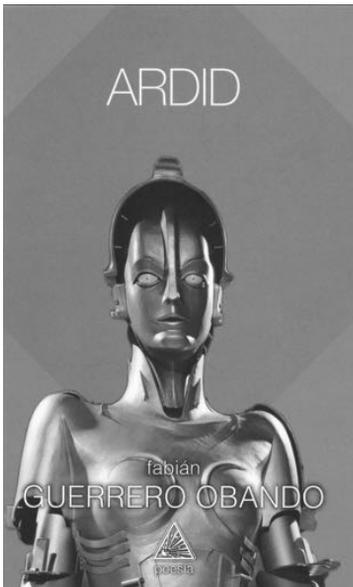


Odisea inmóvil. Presentación del poemario *Ardid*, de Fabián Guerrero (2018)

105



A demás de celebrar con alegría y mucho cariño esta nueva obra del amigo Fabián Guerrero, hay que agradecer al poeta por el regalo de este libro tan especial. Un texto hondo, cuyas sugestivas imágenes dejan al lector la sensación de que ha rozado un misterio imposible de asir, que se ha aproximado al fuego, a riesgo siempre de morir calcinado. Y digo agradeceré, porque su esfuerzo nos ha permitido entrever algo de aquello que es imposible de atrapar: eso que Lacan denomina “lo real” (lo que no es imaginario ni se puede simbolizar): verdad elusiva

Odisea inmóvil. Presentación del poemario *Ardid*, de Fabián Guerrero (2018)

que el lenguaje funcionalista o la razón lógica no alcanzan a nombrar, a explicar.

Lo primero que llama la atención en esta obra es que puede ser leída como prosa poética, como un relato o historia susurrada de una voz lírica que se halla atrapada en el desencanto. En esa historia no hay peripecias (no hay una trama), pero sí un devenir que transcurre —paradójicamente— casi en la inmovilidad. Por ello, el libro entero es una suerte de oxímoron: la contradicción que implica una odisea inmóvil, la odisea de un hombre cansado de transitar, de preguntar a la esfinge, de exigir inútilmente respuestas a la vida, a la literatura, al corazón.

En segundo lugar, la voz poética deja abiertas algunas preguntas en el texto, en un desplazamiento que resulta otro juego de la esfinge: un ardid. Según la Real Academia Española de la Lengua, ardid es una trampa que se utiliza para el logro de un fin; son las mañas o habilidades que se adquieren en el ejercicio de un arte u oficio; o son los artificios que se emplean para producir determina-

dos efectos en el ilusionismo, en la fotografía, en la cinematografía.

De esos significados derivan las primeras preguntas: ¿Maña, ilusionismo o trampa? ¿Ardid consistente en qué? ¿Ardid de quién? ¿Para qué? A partir de esas preguntas iniciales pudieran realizarse muy diversas lecturas del poemario de Guerrero Obando. He elegido como línea de indagación el seguimiento a la voz poética, para que ella me conduzca por las temáticas que le preocupan, que la mueven.

Comenzaré con el hablante. ¿El texto es un ardid, de quién? ¿Quién habla al lector? Hay que señalar que el hablante procede con extremado cálculo, midiendo el desconcierto va busca provocar desde el poema de arranque. Allí, el yo poético habla en primera persona del plural: un “nosotros” cuya identidad está encubierta, velada: “Recorremos la misma casa indescifrable/.../pronunciamos los mismos nombres”. ¿Es una pareja de amantes la que habla? ¿Son dos miembros de una familia? ¿O se refiere a sí mismo, en un plural metafórico?



En ocasiones, la voz interpela, en primera persona, a ese otro que es plural: “A pesar de nosotros mismos/ buscamos en el pecho algo inesperado/ Como los enamorados buscan/ los restos del amor./ Acuciados/ A lo largo de la noche en que se pierde todo” (19). Esta voz amorosa, ¿se dirige acaso al objeto amoroso? ¿O es uno de los ardidés que empieza a perfilarse? Es decir, ¿le habla en sentido metafórico al objeto amado, o le habla al lector, llamándolo a la confianza, a la confianza fácil del terreno común, de la experiencia compartida?

Esta voz aborda distintas temáticas, pero ellas ayudan poco a darle un contorno al hablante. Pues ¿a quien se dirige este Sísifo contemporáneo cuando describe lo que parece ser su piedra? “Ese arrastrar infinito/ ese abandono siempre por comenzar/ De día en día” (79). O cuando confiesa: “De permanecer inmóviles se trata/ Ni siquiera sobre, sino dentro./ Embrarrados?” (22). ¿Quién es ese otro con el cual se conforma esa voz plural, que es calificada con insistencia como cansada, vil, estancada, embrarrada? ¿A quién

incluye cuando dice: “Errantes, somos un rumor, goteo, sombras/ humeantes/ como un repentino desahogo/ que sale de la noche”. (30)

En otras ocasiones, la voz se entretiene, y juega con el lector; no lo deja asentarse en una convicción. De repente le pone, como aparición repentina, un par de nuevos personajes: como en acto de prestidigitador, suelta a una tercera persona: “Aquí hay un hombre. Antiguo como el dolor:/ ficcional o autobiográfico/.../ Y ya no hace gran cosa. Tampoco nosotros./ Sembrados como estamos de brazos que se rompen”. Entonces volvemos a la pregunta: ¿quién ese ese nosotros? ¿Serán los otros personajes secundarios que tienen apariciones fugaces -apenas sus nombres, cargados de sugerencias-? Son seres de la literatura y artistas, apariciones sin orden, que ayudan a poblar este universo del largo poema. Cada uno de ellos implica un rasgo, una historia, una característica o un evento de la condición humana: así, concurren a este bosque Orfeo y Helena de Troya, Ana Karenina suicidándose “en las páginas de un libro” (77), Pessoa

y Yocasta, Holderlin y Edipo, la entrañable Sylvia Plath y el iluminado Rilke: todos asisten como seres torturados que despliegan, a la manera de un mosaico, o como en un caleidoscopio, las honduras no resueltas del alma humana.

En otras ocasiones, ingresan a la escena personajes para despistar: un “tú” asoma también de repente: “Tu voz.../ cántico desprendido/... / Las palabras dispares como piedras/ pero esperando que florezcan”. O un sugestivo “nosotros” que haría pensar en el hablante, en coro, con su propio corazón: “Nos hemos conformado con muy poco:/ con la sombra de esa misma mujer,/ o el filo quemado de palabras como miedo o soledad/ No fuimos más que una ordinaria pérdida de tiempo/.../. Aunque cada vez nos descubrimos más oscuros./ Esa forma tan nuestra de sostenernos entre las puntas de los dedos”. (83)

No resuelto el misterio de quién es la voz lírica, se abren las preguntas de por qué el ocultamiento. A ratos confiesa que se trata de un truco, de falacias y juegos de malabares: “Es una treta

inútil: ese cuerpo, ese verso”. Se lamentan desafíos y desencuentros durante el trabajo la palabra y se lidia con la memoria, igual que con los avatares del corazón; pueden ambos conducir a aquel vacío en el que agoniza la voz lírica. Por último, llega una confesión, que releva de pruebas: el hablante admite que incurre en los ardidés para no perder el control, por “el mismo miedo al tiempo acabado/ o a disgregarse en él”. El vacío, la nada que se ha venido anunciando, presentificando a lo largo del libro; entonces, todos los trucos y apoyos de su historia han sido eso: “Primero fue un trompo,/ malabaristas y titiriteros;/ luego fue una barca./ Y un buen día:/ Rivotril/ Eforor/ Xanax/ Mirtapax”. Y, añado yo, los interminables bucles de las metáforas, el desfile engeguecedor de imágenes.

Las piedras de este Sísifo son, entonces: la palabra y sus promesas fallidas; el dolor; el agotamiento; la noche; ese “miedo feroz que en el hombre se estanca./ En el fondo. Allá en el fondo.” (80) Sobre todo, está lo que parece ser el desengaño mayor, que resulta de una vital tensión entre “las necesidades

del amor” y la búsqueda de las grandes palabras/ o la palabra minuciosa./ Y por lo que hace a las cosas, ya no miramos hacia/ atrás./ Aún cuando un montón de palabras se sitúa hora/ mismo/ en esa cal parecida al corazón”. En efecto, el desamor y su recuerdo parecen ser las pérdidas más intensas: “Todo espuma invernal e incógnita/ Ese mar/ Nuestros cuerpos” (88); por otro, están las traiciones y falacias de la palabra: “el poema ya no anda/ y tampoco es posible volver atrás./ Apenas un raspar de fondo,/ una piedra en sombras/ arrastrándose ahí dentro.” La tensión irresoluta entre vivir simplemente, permanecer y respirar “lo cotidiano, los trinos”; o vivir en la búsqueda inagotable, en la fe en la palabra (13). Y en medio de eso, la desidia, la inmovilidad, la sensación de estar a la espera de la muerte; arrastrado.

Cuando finaliza la lectura, sin palabras, volvemos al primer poema. Y solo entonces nos percatamos de otro ardid: el hablante nos

había mencionado el punto de llegada en aquel mismo poema inicial. Era un indicio como caído al descuido: “Aunque todo eso no sea sino una memoria soterrada,/ que habla por todo lo perdido,/ pero también por lo que nunca fue”. La nada, lo que nunca fue, el vacío. Los versos adquieren su pleno sentido al final del texto. Al inicio no lo vimos, y dimos vuelta a la primera página, ya enganchados, tras la pista los enigmas: la pregunta por ese “nosotros”, por su drama. Sin saber que intentaba solo señalar con el dedo, mudo, el drama ineludible que yace en el corazón de la palabra y de la vida misma, en el centro del deseo y de la memoria, en lo más alto de la noche (esa “casa que flota sin reposo”). (98) Finalmente, cuando creemos resuelto, al menos, uno de los misterios, se abre una nueva duda, que es dejada a los lectores del poemario de Guerrero; la inquietud de que acaso todo lo leído es también fantasía pura, ilusionismo, un nuevo ardid.